

Introducción

Este es un cuento que habla de otro. Solo daré esa pista. Y que les deseo que algún día lean, porque es extraordinario, maravilloso y terrible. Lo había olvidado, pero cuando desde este semanario me dijeron que tenían ganas de que les enviara un cuento, me puse a revisar entre mis archivos, entre los inéditos, y encontré "Momentos". No sé si es un cuento inspirado su escritura es precisamente virtuosa. Pero me gusta su idea. Y lo que más me gusta es que uno lo puede leer sabiendo o no a aquel otro cuento al que alude. Tiene sentido por sí mismo. No recuerdo las circunstancias en que lo escribí, como en otros casos, en que tengo completamente fechado el momento en que surgió la idea, entré en ebullición (como entre yo cuando voy a escribir un cuento con una idea apasionante, como deben ser las que me motiven a hacerlo) y lo escribí. Pero sospecho que debe de haber sido un cuento de un día reflexivo. No exactamente melancólico. Tampoco triste. Porque estuve evidentemente a su dispositivo y a su construcción narrativa.

No todos los cuentos responden a la inspiración. Hay algunos que salen redondos y uno apenas debe tocarlos. Llegan como dictados porque evidentemente ya se venían escribiendo solos por dentro de nuestra imaginación. Tengo la sensación (y es solo una sensación, porque como decía cómo ni cuándo lo escribí), que fue un cuento que pensé antes de sentarme a escribir más que ser el producto de emociones intensas. Pero quién sabe. Esos momentos transitorios de calma y serenidad, son los más propicios para abrir los ojos y despertar al mundo.

Adrián Ferrero
14/5,2021

Momentos

In memoriam N.H.

Nunca supo si habían roto porque había dejado de amarla o porque sentía una intensa necesidad de estar solo. Lo cierto es que Tomás comenzó a sentirse más a gusto en ese departamento desamueblado que en lo que había sido su hogar. Lentamente comenzó a poblarlo con algunas de sus pertenencias y otras las fue comprando con el dinero (que no era mucho) de su trabajo, además de los ahorros compartidos con Malena. Por supuesto que dividieron por partes iguales esa suma y él alquiló aquel dos ambientes. Era lo suficientemente educado como para conocer que a una mujer no se la deja a su suerte en una situación así.

Adquirió una mesa para el comedor, una cama doble y cuatro sillas. Sería suficiente para empezar. Hubo regalos de su hermano y hasta su cuñada, en un detalle, le obsequió una cortina celeste para el baño. También toallones, una sartén y dos cacerolas. La heladera naturalmente se impuso como un objeto indispensable. De modo que luego de la primera noche, fue a una casa de electrodomésticos y compró una. Ni muy cara ni muy barata. Pero de esas marcas nobles, que uno sabe longuevas.

A las ventanas no quiso ponerles cortinas. Le gustaba ver la luz solar entrar a raudales y al polvo, flotar entre los rayos como pequeños gránulos de arena.

Cosa curiosa. Nada lo distrajo de su trabajo. Uno hubiera podido conjeturar que la ruptura con una mujer después de tantos años, la soledad misma, hasta cierto abatimiento, podrían haberlo sumido en la parálisis o la consternación. Eso no sucedió. La novela siguió avanzando, sus colaboraciones para el diario también (debía leer a menudo novelas o libros de ensayo para hacer reseñas) y algunos artículos para una revista de Uruguay. De tanto en tanto escribía un cuento. En ocasiones porque se le ocurría una idea. Otras como un desafío o, acaso, un divertimento. Por último, por algún encargo. Precisamente había una revista literaria de EE.UU que editaba en español, *La pirámide*, de la que era colaborador desde hacía ya varios años. Allí publicaba exclusivamente cuentos. Es cierto. Algunos más inspirados que otros. Pero era suficiente como para afianzar una vocación en un género que le resultaba difícil de escribir, pero fácil de leer a esta altura de su vida. Del cual hacía una compleja lectura de escritor para ser más precisos. El cuento, si uno aspira a ser un buen escrito, supone una revisión de sus premisas, del modo de narrar, del modo de construir los argumentos. De ese modo procedería un escritor que no hace concesiones al oficio.

Ya ven, tenía una cierta trayectoria internacional. Pero en su país era más conocido por sus notas de prensa que por su literatura. Justamente. Era

conocido. Nada más. Pero sus libros no circulaban demasiado ni habían sido reeditados. Había personas que ni siquiera estaban al tanto de que era escritor. Sus libros casi no habían sido distribuidos en Buenos Aires, pero bastante en La Plata. Sabía de lectores que valoraban su trabajo. Por el momento, a sus cuarenta y dos años, así estaban planteadas las cosas.

Había escritores que le estaban agradecidos porque había reseñado sus libros con generosidad. Lo que le traía bienestar además de cordialidad entre colegas. No le gustaba despedazar novelas con sus reseñas. Sabía cuánto costaba escribirlas y sabía perfectamente también lo dramático que resulta para un escritor que alguien, un perfecto desconocido en este caso, del que ni siquiera se tienen credenciales, llegue a su vida de improviso como el peor enemigo para despedazarlo. De modo que, mediante un tácito pacto, se las había ingeniado con el editor de la Sección literaria para ser él quien eligiera las novedades. E incluso en el caso de que alguna celebridad publicara un mal libro, la pasaba por alto.

Bostezó y se dijo que era hora de irse a la cama. Comió dos canelones de verdura con salsa blanca, tomó dos largos vasos de agua fresca, lavó los platos y se cepilló los dientes. No había tenido noticias de Malena, que tampoco se había mostrado desconsolada ante la noticia de su decisión. Ella también era lo suficientemente inteligente como para no hacer escenas y, menos aún, de acosarlo. De modo que siguió con su vida, disfrutando perezoso de esos momentos que había comenzado a descubrir. Porque una cosa era ser un adolescente o un adulto joven de vida despreocupada, gozando quizás del trabajo moroso, teniendo incluso una novia, y otra muy distinta era estar separado viviendo en una casa sin compañía. Pero había un detalle importante. Tomás escribía. Lo que, créase o no, era la mayor compañía para alguien cuando es su vocación. Las palabras a uno lo toman por asalto. Y son como amantes. Uno percibe su sensualidad. Y hasta algunas resultan perturbadores durante una etapa de la que se aman.

Tomás tenía además una biblioteca por la que sentía un apasionado fervor. Porque guardaba allí los libros que más admiraba, además de que a buena parte de ellos no los había leído aún. Había mucho placer por delante, lo que vale por decir que había mucha vida por delante.

Era caviloso. Le gustaba formular teorías. Es más, amaba teorizar. Sobre todos los temas. Pero en particular sobre la literatura. Eso resultaba sumamente útil a los fines de su trabajo porque además de reseñas cada tanto escribía artículos. Y para eso sus teorías eran perfectas. A los lectores del diario les gustaba mucho leer artículos en los que un periodista planteaba una hipótesis acerca de la literatura argentina sobre la que desarrollaba una argumentación y que terminaba por corroborar. Era para él un triunfo. Era para ellos un deslumbramiento.

Solía leer poesía un poco porque elegía poetas que le gustaban mucho. Pero además porque sostenía que era la clase de literatura que verdaderamente es la que resulta transformadora del arte de escribir. De escribir cualquier clase de cosas. También periodismo. Atento entonces a esta consigna, con total descaro solía hacer recorridos por su biblioteca guiándose por un antojadizo desprejuicio. Esa noche, por ejemplo, había elegido al poeta argentino Hugo Padeletti.

Claro que en otras ocasiones se daba un festín con los ensayos de la Escuela de Frankfurt o Walter Benjamin. Los cuentos de Maupassant tampoco faltaban y Hemingway tenía un estante inamovible. Los estadounidenses Raymond Carver,

John Cheever y Lorrie Moore eran algunos de sus cuentistas favoritos. El teatro le resultaba fascinante. Eduardo Pavlovsky, Griselda Gambaro, Mauricio Kartun, entre los argentinos. Y Harold Pinter, Arthur Miller, Tennessee Williams y Samuel Beckett. Curioso. El teatro, los cuentos, la poesía. Géneros por lo general desatendidos por el gran público y precisamente los que a él más lo atraían. Las novelas, en cambio, si uno leía los diarios, reinaban en las listas de bestsellers, en un firmamento lleno de tonterías en el que, si bien había naturalmente unas pocas destacadas, abundaban los melodramas, las históricas con teatrales gestas patrióticas o las protagonizadas por mujeres con familias profusas que se movían con desenvoltura en el mundo. Pero su escritura dejaba bastante que desear. Se trataba de argumentos plagados de lugares comunes.

De tanto en tanto disfrutaba de traducir algún poema del inglés para aflojar la mano. Poemas de Coleridge o de William Blake. Los cuentos para niños de Oscar Wilde. Pero a mano y sin pasarla en la computadora. Esa operación de equivalencias que proponía un ejercicio complejo solía ser a sus ojos en ocasiones más difícil que escribir. O a él se le resistía más al menos. De todas formas, escribir era una forma de traducir. En muchos sentidos.

Un día se despertó de un sueño, pronunciando la frase: "Formas breves". ¿De qué recóndito lugar del inconsciente había llegado esa frase, tan justa como inobjetable? Sí, el inconsciente siempre es recóndito, se dijo. Pensó que es mucho más lo que elaboramos por las noches de lo que podríamos llegar a sospechar. Y en el medio, de tanto en tanto tenían lugar algunas madrugadas de insomnio que entretenía no con libros sino con música. Se ponía auriculares hasta dormirse de modo imperceptible con música de Scarlatti o Vivaldi. Pero también otras veces con Philip Glass o Laurie Anderson.

Una tarde a comienzos de septiembre fue al dentista y luego de una espera eterna en la que miró las fotografías de todas las revistas de chismes y otras tantas de moda, con la convicción certera de lo efímero de ciertas publicaciones, sintió el relámpago de imaginar algún futuro cuento. ¿Por qué no? Era el lugar ideal para alumbrarlo. Nada lo distraería. Nada lo preocuparía. Nada lo urgía. Había tiempo porque había una paciente delante de él y la que estaban atendiendo acababa de entrar. De modo que puso a trabajar su imaginación sin lápiz ni papel, corriendo el riesgo de que se le escurriera esa historia como tinta china entre los dedos, pero también sabiendo que algo de todo eso permanecería como una experiencia que tendría el sentido de ser vivida.

Pensó que no siempre las mejores historias son las inventadas. Que en ocasiones las mejores son las que hemos vivido, pero llegamos afortunadamente a contar. Y que también quien las llegue a leer seguramente no se entere jamás de que lo que lee efectivamente ha tenido lugar, o ha tenido lugar, pero no exactamente de ese modo, porque el escritor ha introducido variaciones o agregado detalles que como en una pieza musical moderna son disonantes. También porque esa persona vive al otro lado del mundo. Tal vez en otra ciudad. O tal vez en un barrio distante. En el medio de otro continente en el que no imagina la casa en la que ha sido concebida esa historia. Ni las rutinas de su autor. En el medio le dio vueltas a su propia historia. Imaginó un comienzo verosímil que sí quería que fuera bien distinto del verdadero. Y supo que cuando llegara a su casa, además de la anestesia que era presumible, iba a sentarse a escribir una historia en la que habría algo de lo vivido, algo de lo imaginado, algo de lo soñado, algo de lo leído (recordó concretamente un cuento estadounidense) y algo, por último, de lo que tiene lugar en ese territorio vago

como un limbo, en el que la experiencia se funde con lo que pudo haber sido, pero no llegó a ser jamás. Porque en ese punto final no habría una ruptura. Sino que habría un momento. Un momento en el que él se mudaría a otra casa cercana a la suya, sin haberle dicho nada a su mujer. Y a la que veinte, treinta años más tarde, habiendo evitado todo encuentro, todo contacto, todo diálogo fugaz incluso, llamaría a la puerta de su hogar, con el pelo encanecido. Escucharía los pasos de ella acercándose, cansinos. Y escondería las manos arrugadas en los bolsillos del abrigo. Esperando enterarse de lo que sucedería en ese otro momento en que ella abriera la puerta, para descubrirlo y poner de una vez por todas las cosas en claro. Y el anhelado punto final.